

Frans de Waal

El último abrazo

Las emociones de los animales
y lo que nos cuentan de nosotros



Frans de Waal

EL ÚLTIMO ABRAZO

Las emociones de los animales
y lo que nos cuentan de nosotros

Con fotografías y dibujos del autor

Traducción de Ambrosio García Leal

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Mama's Last Hug*

1.ª edición: mayo de 2019

© 2019 by Frans de Waal

Todos los dibujos son del autor. Todas las fotografías son cortesía del autor, excepto la fotografía de un bonobo consolando a otro en el refugio Lola ya Bonobo de la República Democrática del Congo, cortesía de Zanna Clay, y la fotografía de Frans de Waal acunando a un retoño de chimpancé en 1979, cortesía de Desmond Morris

© de la traducción: Ambrosio García Leal, 2019
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-695-1
Depósito legal: B. 8.940-2019
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

| | |
|--|------------------|
| Agradecimientos | 11 |
| Prólogo | 13 |
| 1. El último abrazo de <i>Mama</i> | 27 |
| 2. Una ventana al alma | 67 |
| 3. Cuerpo a cuerpo | 105 |
| 4. Emociones que nos hacen humanos | 155 |
| 5. Voluntad de poder | 215 |
| 6. Inteligencia emocional | 255 |
| 7. Sintiencia | 297 |
| 8. Conclusión | 341 |
| Apéndices | |
| Notas | 349 |
| Bibliografía | 357 |
| Índice onomástico | 375 |
| <i>[Fotografías]</i> | <i>[256-257]</i> |

El último abrazo de *Mama* El adiós de una matriarca antropoide

Un mes antes de que *Mama* cumpliera cincuenta y nueve años, y dos meses antes de que Jan van Hooff cumpliera los ochenta, estos dos ancianos homínidos tuvieron una emotiva reunión. *Mama*, consumida y moribunda, estaba entre los chimpancés más viejos del mundo en un zoo. Jan, con su pelo blanco sobresaliendo de un impermeable rojo chillón, es el profesor de biología que dirigió mi tesis doctoral hace tiempo. Ambos se conocían desde hacía más de cuarenta años.

Acurrucada en posición fetal en su nido de paja, *Mama* ni siquiera levanta la vista cuando Jan, que se ha decidido a entrar en su jaula de noche, se aproxima a ella con unos cuantos gruñidos amistosos. Los que trabajamos con antropoides a menudo imitamos sus sonidos y gestos típicos: los gruñidos suaves son tranquilizadores. Cuando *Mama* finalmente se despierta, tarda un segundo en darse cuenta de lo que ocurre. Pero luego expresa una inmensa alegría al ver a Jan en persona y de cerca. Su cara cambia a una sonrisa extática, mucho más expansiva que la típica de nuestra especie. Los labios de los chimpancés son increíblemente flexibles y pueden plegarse hacia fuera, de modo que vemos no solo los dientes y las encías, sino también el interior de los labios de *Mama*. La mitad de la cara de *Mama* es una amplia sonrisa acompañada de gañidos; un sonido suave y agudo para los momentos de gran emoción. En este caso la emoción es claramente positiva, porque ella intenta alcanzar la cabeza de Jan mientras se

inclina hacia delante. Acaricia su pelo, y luego rodea su cuello con uno de sus largos brazos para acercarlo más a ella. Durante este abrazo, sus dedos golpetean rítmicamente la cabeza y el cuello de él en un gesto confortador que los chimpancés emplean también para calmar a un infante que llora.

Esto era típico de *Mama*: debió de notar la inquietud de Jan por haber invadido su dominio, y le estaba haciendo saber que no tenía de qué preocuparse. Estaba contenta de verle.

Reconociéndonos

Este encuentro fue el primero. Aunque a lo largo de sus vidas Jan y *Mama* habían compartido incontables sesiones de acicalamiento a través de los barrotes, ningún ser humano en su sano juicio se metería en una jaula con un chimpancé adulto. Los chimpancés no nos parecen animales grandes, pero su fuerza muscular supera con mucho la nuestra, y abundan los informes de ataques horribles. Incluso el luchador profesional más poderoso se quedaría corto contra un chimpancé adulto. Cuando le pregunté a Jan si se habría atrevido a hacer lo mismo con cualquier otro chimpancé del zoo, a algunos de los cuales conocía desde hacía casi el mismo tiempo, me dijo que estaba demasiado apegado a la vida para que la idea siquiera se le pasara por la cabeza. Los chimpancés son tan impredecibles que las únicas personas que están seguras en su presencia son las que los han criado, algo que no se aplicaba a Jan y *Mama*. Pero el hecho de que se encontrara tan débil había cambiado la situación. Además, ella había expresado sentimientos positivos hacia Jan tantas veces en el pasado que ambos habían desarrollado una confianza mutua. Esto le dio a Jan el valor para su primera y última audiencia en persona con la reina de siempre de la colonia del zoo de Burgers, en Arnhem, Países Bajos.



En 2016, Jan van Hooff visitó por última vez a *Mama*, una anciana matriarca chimpancé, en su lecho de muerte en el zoológico Burgers. *Mama* mostró una gran sonrisa mientras abrazaba al profesor, al que conocía desde hacía cuarenta años. *Mama* murió unas semanas después.

A lo largo de los años yo había gozado de una relación similar con *Mama*. Le di ese nombre precisamente por su posición de matriarca. Pero como entonces vivía al otro lado del Atlántico, no pude unirme a la despedida. Unos meses antes había visto a *Mama* por última vez. Al divisar desde lejos mi cara entre el público, vino corriendo a saludarme a pesar de los dolores que le provocaba la artritis. Se acercó al foso de agua que nos separaba ululando y resoplando, mientras alargaba una mano hacia mí. Los chimpancés de este zoo viven en una isla arbolada —el recinto más grande de esta clase en todo el mundo— donde los he observado durante unas diez mil horas en mi juventud como científico. *Mama* sabía que más tarde, cuando todos los chimpancés se hu-

bieran recogido, yo me acercaría a su jaula de noche para una charla íntima.

Los equipos de filmación han explotado a menudo la predictibilidad de nuestros saludos. Antes de mi llegada me esperaban preparados con las cámaras encendidas. La colonia no sospechaba lo que iba a pasar, y alguien se encargaba de señalar la situación de *Mama* para asegurarse de que las cámaras la tuvieran siempre enfocada. Invariablemente, ella estaba sentada muy tranquila, acicalándose o sesteando, y de pronto reparaba en mi presencia o escuchaba mi voz llamándola, y entonces se levantaba de un salto para venir corriendo con sonoros gruñidos jadeantes. El equipo lo filmaba todo, junto con mis reacciones y las de unos pocos chimpancés, algunos de los cuales también me recordaban. La gente siempre se siente impresionada por la memoria y el entusiasmo de *Mama*.

Tengo que decir que estos procedimientos de filmación me inspiran sentimientos encontrados. En primer lugar, sacan partido de una reunión genuina entre viejos amigos, y en segundo lugar, no veo por qué la escena les resulta tan llamativa. Cualquiera que conozca a los chimpancés sabe que su capacidad de reconocimiento de caras y su memoria son excelentes. ¿Por qué, entonces, se considera tan especial que *Mama* se alegre de verme? ¿Es porque no esperamos algo así de un animal exótico? ¿O porque evidencia un vínculo entre primates de especies diferentes? Es como si visitara a mis vecinos después de un año fuera y todo un equipo de filmación me siguiera por todas partes para ver lo que pasa. Después de pulsar el timbre, la puerta se abre de par en par y me reciben con un «¡Ya estás de vuelta!».

¿A quién puede sorprenderle eso?

Que a la gente le impresione que *Mama* me recordara es un signo de nuestra baja consideración de las aptitudes emocionales y mentales de los animales. Los estudiosos de la inteligencia animal en especies de cerebro grande están acostumbrados a escu-

char montones de comentarios escépticos de colegas científicos, sobre todo de los que trabajan con animales de cerebro más pequeño, como ratas o palomas. Estos científicos a menudo ven a los animales como máquinas de estímulo-respuesta que se mueven por instintos y aprendizaje simple, y no soportan oír hablar de pensamientos, sentimientos y recuerdos duraderos. Lo obsoleto de esta idea es el tema de mi anterior libro, *¿Tenemos suficiente inteligencia para entender la inteligencia de los animales?*

El encuentro de Jan con *Mama* se grabó con un teléfono móvil.¹ Cuando se mostró en la televisión nacional neerlandesa, comentado por la voz trémula del propio Jan (debido a la emoción del momento), los espectadores de un popular programa de entrevistas se sintieron extremadamente conmovidos. Publicaron largos comentarios en el portal de internet de la cadena o escribieron directamente a Jan para decirle que se habían echado a llorar delante de sus televisores. Estaban desolados, en parte por el triste contexto — pues se había anunciado la muerte de *Mama* —, pero también por la manera tan humana de abrazar a Jan dándole golpecitos en la nuca con los dedos. Esta visión impactó a mucha gente que reconoció en aquel gesto su propio comportamiento. Por primera vez comprobaban que un gesto que parece quitaesencialmente humano es de hecho una pauta de los primates en general. A menudo es en los pequeños detalles donde mejor se revelan las conexiones evolutivas. Dicho sea de paso, estas conexiones se aprecian en el 90 por ciento de las expresiones humanas, desde el erizamiento de nuestro escaso vello cuando nos asustamos (piel de gallina) hasta el modo en que tanto los varones como los chimpancés machos se dan palmadas en la espalda con entusiasmo. Podemos ver este enérgico contacto cada primavera, cuando los chimpancés salen de su abrigo tras un largo invierno. Contentos de volver a disfrutar de la hierba y el sol, se reúnen en grupos pequeños ululando, abrazándose y dándose palmadas en la espalda.

Otras veces reaccionamos a nuestros obvios vínculos evolutivos con los antropoides con mofa (los visitantes de los zoológicos a menudo imitan la manera en que se supone que se rascan los monos) o hilaridad. Nos encanta reírnos de nuestros parientes primates. En mis conferencias suelo mostrar vídeos de chimpancés y otros monos en acción, y mi público se ríe de casi todo, incluso de comportamientos perfectamente normales. Su risa es un signo de reconocimiento, pero también de desazón ante la incómoda cercanía. Uno de mis vídeos cortos más populares, con millones de visualizaciones en internet, muestra a un mono capuchino que se enfada porque la comida que recibe por realizar una tarea es menos apetecible que la que recibe su compañero. El animal sacude la jaula y da palmadas en el suelo con tanta agitación que no tenemos ninguna dificultad en reconocer su frustración ante la falta de equidad percibida.

Peor que la hilaridad es la aversión que solían inspirar los otros primates en la gente. Por suerte, esta reacción es cada vez más rara, aunque mucha gente sigue encontrando «feos» a los antropoides, y les resulta chocante que yo diga que un macho es «apuesto» o una hembra «guapa». En el pasado los occidentales nunca veían antropoides vivos, solo sus huesos y pieles, o grabados de ellos, nuestros parientes más cercanos. Cuando se exhibieron los primeros antropoides vivos, nadie podía creer lo que veían sus ojos. En 1835 llegó un chimpancé al zoo de Londres, donde se exhibió vestido de marinero. Le siguió una orangutana a la que le pusieron un vestido. El espectáculo horrorizó a la reina Victoria, que no pudo soportar la visión de aquellos animales, a los que describió como dolorosa y desagradablemente humanos. De hecho, esta aversión a los antropoides era algo generalizado, pero ¿cómo se explica, a menos que estuvieran diciéndonos algo de nosotros mismos que no queríamos oír? Cuando el joven Charles Darwin contempló los antropoides del zoo de Londres, compartió la conclusión de la reina, aunque no su repulsión. Le

pareció que cualquiera que estuviera convencido de la superioridad humana debería echarles un vistazo.

Toda esta variedad de reacciones probablemente se dio cuando Jan explicó en la televisión lo especial que era *Mama* y por qué la había visitado en su lecho de muerte. Pero él mismo no había encontrado nada chocante, gracioso o sorprendente en el encuentro. Simplemente había sentido la necesidad de despedirse de ella. Tampoco fue una interacción asimétrica, como cuando alguien encuentra un oso, un elefante o una ballena, se acerca y dice que se siente uno con el animal. Las personas en esas situaciones experimentan un vínculo abrumador y se sienten profundamente conmovidas, pero es en extremo dudoso que estos sentimientos sean mutuos. Tales encuentros son casi como un «pacto suicida», porque ponen en peligro a las personas, y los animales caerán en desgracia si se les culpa de un desenlace fatal.

Un periodista se enamoró tanto de un chimpancé en una reserva que cuando miraba a los ojos del antropoide se cuestionaba su propia identidad: se sentía como si estuviera mirando su pasado evolutivo perdido. Sin embargo, en su deseo de mostrar respeto, acabó cayendo en la condescendencia sin pretenderlo. ¡Los antropoides actuales no son meras máquinas del tiempo para mostrarnos nuestros orígenes evolutivos! Aunque es cierto que descendemos de un ancestro común antropoide, la especie antigua de la que surgió nuestra estirpe ya no existe. Vivió hace unos seis millones de años, y sus descendientes experimentaron numerosos cambios y desaparecieron uno a uno antes de dar lugar a los supervivientes de hoy: el chimpancé, el bonobo y nuestra propia especie. Dado que estos tres homínidos tienen historias evolutivas igualmente largas, los tres están igualmente «evolucionados». Así que mirar a un antropoide revela nuestra historia compartida no solo a nosotros, sino también al ser que nos devuelve la mirada. Si los antropoides son máquinas del tiempo para nosotros, entonces nosotros también lo somos para ellos.

Pero con Jan y *Mama* no caben estas consideraciones. El hecho de que pertenecieran a especies diferentes era secundario. El suyo fue un encuentro entre dos miembros de especies emparentadas que se conocían desde hacía mucho y se respetaban mutuamente como individuos. Podemos sentirnos mentalmente superiores cuando acariciamos a un conejo o paseamos con un perro, pero a mí me resulta imposible mantener esta actitud cuando se trata de antropoides. Sus vidas socioemocionales se parecen tanto a las nuestras que no queda claro dónde trazar la línea.

Donald Hebb, el científico canadiense conocido como el padre de la neuropsicología, comprobó lo borroso de esta frontera al estudiar a los chimpancés del Centro Nacional Yerkes de Investigación de Primates (ahora en las afueras de Atlanta, pero en la década de 1940 estaba en Florida). Hebb concluyó que el comportamiento de los chimpancés no podía encajarse en los pequeños casilleros definitivos en los que clasificamos el comportamiento de los otros animales, como alimentación, acicalamiento, apareamiento, lucha, vocalización, gestualidad y demás. Nos gusta anotar cada detalle de lo que hacen los antropoides, pero es difícil de precisar lo que hay detrás de su comportamiento. De acuerdo con Hebb, haríamos mucho mejor en clasificar el comportamiento antropoide al nivel emocional, que captamos de manera intuitiva:

La categorización objetiva omitía algo que las categorías mal definidas de emoción y demás no omitían: cierto orden o relación entre actos aislados, que es esencial para la comprensión del comportamiento.²

Hebb estaba aludiendo a la visión predominante en biología de que las emociones dirigen el comportamiento. Consideradas en sí mismas, las emociones son bastante inútiles: ser miedoso sin más no beneficia en nada a un organismo. Pero si un estado

de miedo lleva a un organismo a huir, esconderse o contraatacar, muy bien puede servirle para salvar su vida. En pocas palabras, las emociones evolucionaron por su capacidad de inducir reacciones adaptativas ante el peligro, la competencia, las opciones de apareamiento, etcétera. Las emociones promueven acciones. Nuestra especie comparte muchas emociones con los otros primates porque nuestro repertorio comportamental es muy parecido. Esta similitud, expresada por cuerpos con diseños similares, nos proporciona una profunda conexión no verbal con los otros primates. Nuestros cuerpos se corresponden tan perfectamente con los suyos, y viceversa, que la comprensión mutua es casi inmediata. Por eso Jan y *Mama* se trataban como iguales más que como hombre y bestia.

Se podría objetar que *iguales* no es el término más adecuado para comparar a una persona libre con un antropoide cautivo. Es una objeción correcta, pero *Mama*, nacida en 1957 en el zoo de Leipzig, Alemania, no sabía lo que era la vida en libertad. Tuvo la inmensa suerte de formar parte de la primera gran colonia de chimpancés en cautividad. Desde la época en que los primeros especímenes vivos disgustaron a la reina Victoria, los zoos habían mantenido a los antropoides en soledad o en grupos pequeños. Se consideraba que los chimpancés eran demasiado violentos para vivir en grupos con más de un macho adulto, a pesar de que las comunidades salvajes cuentan con numerosos machos adultos, a veces más de una docena. Siendo estudiante, Jan había estado un tiempo en una instalación norteamericana en Nuevo México, donde la NASA preparaba chimpancés jóvenes para enviarlos al espacio. Allí obtuvo información de primera mano sobre las posibilidades y dificultades de juntar numerosos chimpancés en un mismo sitio. Los problemas surgían cuando se les daba de comer: sus cuidadores vertían todas las frutas y hortalizas en un solo montón, lo que conducía a grandes reyertas que desgarraban el tejido social. En la misma época, Jane Goodall

aprendió una lección similar en su campo de suministro de bananas en Tanzania, que le hizo abandonar el aprovisionamiento de comida a los chimpancés salvajes.

Inspirado por su experiencia norteamericana, Jan y su hermano Antoon —director del zoo de Burgers— decidieron intentar la socialización de los chimpancés alimentándolos por separado o en unidades familiares pequeñas. El resultado fue el establecimiento, a principios de la década de 1970, de una isla abierta de cerca de una hectárea con unos veinticinco chimpancés, conocida como la colonia de Arnhem. A pesar de las sombrías advertencias de expertos que decían que aquello nunca funcionaría, la colonia prosperó y con el tiempo ha producido más descendientes sanos que ninguna otra. Los antropoides de los bosques de África y Asia están ahora en franco declive, lo que hace especialmente valiosas las poblaciones de los zoológicos. La colonia de Arnhem fue (y sigue siendo) un gran éxito, y se ha convertido en un modelo para los zoológicos de todo el planeta.

Así pues, aunque *Mama* estaba en un zoo, disfrutó de una larga vida en su propio universo social, rica en nacimientos, muertes, sexo, luchas de poder, amistades, lazos familiares y demás aspectos de la sociedad primate. Puede que se diera cuenta de que la visita especial de Jan tenía que ver con su condición, pero sigue sin estar claro si tenía algún presentimiento de su inminente fallecimiento. ¿Tienen los antropoides conciencia de la mortalidad? Si *Reo*, un chimpancé del Instituto de Investigación de Primates de la Universidad de Kioto, en Japón, es un indicativo, deberíamos sospechar que no. En la flor de su vida, *Reo* quedó paralizado del cuello para abajo como resultado de una inflamación espinal. Podía comer y beber, pero no podía moverse. Su peso no dejó de disminuir aunque los veterinarios y los estudiantes cuidaron de él las veinticuatro horas del día durante seis meses. *Reo* se recuperó, pero lo más interesante es su reacción ante el hecho de estar postrado en una cama. Aunque a todo

el mundo le parecía que su condición era grave, incordiaba a los estudiantes jóvenes lanzándoles chorros de agua con la boca, como hacía antes de caer enfermo. Estaba escuálido como un rastrillo, pero su situación no parecía preocuparle y nunca se deprimió.³

A veces damos por sentado que los otros animales tienen cierto sentido de la mortalidad, como una ternera camino del matadero o una mascota que desaparece días antes de su muerte. Pero esto es en buena parte una proyección humana, basada en que *nosotros* sabemos lo que se avecina. Pero ¿se dan cuenta también los animales? ¿Quién dice que un gato que se esconde en el sótano durante sus últimos días sabe que su fin está cerca? Debilitado o dolorido, puede que simplemente quiera estar solo. De modo parecido, aunque para nosotros era obvio que *Mama* estaba físicamente a las puertas de la muerte, nunca sabremos si ella era consciente de su situación.

Mama estaba aislada en su dormitorio porque los machos de su especie, en particular los adolescentes, a menudo actúan como cretinos que la emprenden con blancos fáciles. Los responsables del zoo querían proteger a *Mama* de cualquier maltrato. La sociedad chimpancé no está hecha para los pusilánimes ni los débiles, y precisamente por eso era tan impresionante que *Mama* hubiera mantenido su posición durante tanto tiempo.

El papel central de *Mama*

Mama era excepcionalmente ancha de espaldas, con brazos largos y poderosos. Sus cargas, con el pelo erizado y pateando el suelo, eran muy intimidatorias. No tenía el volumen muscular ni la pelambreira de un macho, especialmente en los hombros (los machos erizan el pelo de los hombros para impresionar a sus rivales). Pero suplía sus carencias anatómicas a base de vigor.

Mama era conocida por sus explosivas arremetidas contra las grandes puertas metálicas del recinto. Clavaba sus puños bien separados en el suelo y balanceaba todo su cuerpo entre los brazos para dar una ensordecedora patada con ambos pies a la puerta. Con esto indicaba que estaba realmente furiosa y que nadie debía importunarla.

Pero, más que de su poderío físico, la dominancia de *Mama* era fruto de su porte. Parecía una abuela que lo había visto todo y no estaba para tonterías. Imponía tanto respeto que la primera vez que la miré a los ojos cara a cara desde el otro lado del foso me sentí empuqueñecido. Tenía el hábito de saludar calmadamente con la cabeza para hacerte saber que se había percatado de tu presencia. Nunca he sentido tanta sabiduría y aplomo en otra especie distinta de la mía. Su mirada era de amabilidad con reservas: estaba dispuesta a entenderte y congeniar contigo siempre que no la hicieras enfadar. Incluso tenía sentido del humor. Los chimpancés suelen mostrar una cara de risa en los juegos de cosquillas, pero también la he visto en otros contextos, como cuando un macho dominante se deja perseguir por una cría irritada. Mientras el «gran hombre» de la colonia escapa del monstruito gritón, su expresión es de risa, como si lo absurdo de la situación lo divirtiera. Una vez *Mama* mostró la misma cara de risa ante el final inesperado de una situación tensa, tal como reaccionamos nosotros ante el desenlace inesperado de un chiste.

Uno de mis colegas, Matthijs Schilder, que estaba estudiando la respuesta de los chimpancés a los depredadores, se puso una careta de leopardo y, sin que los chimpancés lo supieran, se escondió tras unos arbustos junto al foso de agua que rodea la isla. En un momento dado levantó la cabeza con su careta, para que pareciera que un gran felino estaba observando a los chimpancés desde el seto. Siempre alerta, reaccionaron en segundos con gran alarma y furia. Dando sonoros ladridos se pusieron a lanzar palos y piedras al depredador. (Dicho sea de paso, se ha documentado

la misma reacción en los chimpancés salvajes, que sienten terror de los leopardos por la noche, pero les lanzan objetos de día.) Matthijs tuvo que esquivar los bien dirigidos proyectiles y fue a esconderse en otro sitio.

Después de unas cuantas escaramuzas se quedó de pie y se quitó la careta para mostrar su rostro familiar. La colonia se calmó pronto, pero de entre todos los chimpancés, *Mama* fue la única cuya expresión cambió gradualmente de enfado y angustia a una cara de risa con la boca entreabierta y los labios tapando los dientes. Mantuvo esta expresión por un tiempo, lo que sugiere que captó la broma del engaño de Matthijs.⁴

Mama conectaba fácilmente con todos, machos y hembras, y tenía una red de apoyos sin igual; era una diplomática nata. Pero tampoco dudaba en imponer la lealtad: tomaba partido en las luchas de poder masculinas, y no toleraba que las otras hembras expresaran una elección alternativa. Las que se atrevieran a intervenir en favor del contendiente «equivocado» se las verían con *Mama* a lo largo del día. Actuaba como una garante de la disciplina de partido para su candidato favorito.

Solo hacía una excepción con su adlátere, una hembra llamada *Kuif*, también conocida como *Gorila* por su cara totalmente negra, un nombre que empleé en algunos de mis otros libros. *Kuif* era de constitución un poco más grácil que *Mama*. Nacidas en el mismo zoo, *Kuif* y *Mama* tenían una experiencia vital común que se tradujo en una poderosa alianza que duró hasta la muerte de *Kuif*, unos años antes que la de *Mama*. Nunca vi un solo desacuerdo entre ambas. Se acicalaban mutuamente con frecuencia y siempre se apoyaban cuando alguna de las dos tenía un problema. *Kuif* era la única hembra que podía contravenir los deseos de *Mama* sin que ello tuviera repercusiones. *Kuif* tenía un macho favorito que no era el de *Mama*, pero esta no se lo tenía en cuenta y se hacía la despistada. Por lo demás, *Mama* y *Kuif* solían actuar como una unidad. Un altercado serio con una

de ellas desataba automáticamente el ataque de la otra, y todo el mundo lo sabía, incluso los machos, que habían aprendido que no podían con dos hembras enfurecidas a la vez. *Mama* y *Kuif* siempre estaban ahí para ayudarse la una a la otra, y literalmente se arrojaban gritando en los brazos de la otra tras una gran conmoción.

Mama no solo era una figura central en la colonia, también asumió el papel de enlace con nosotros. Más que cualquier otro chimpancé, entablaba relaciones con la gente que le caía bien o percibía como importante. Mostraba un gran respeto por el director del zoo, por ejemplo. Su conexión conmigo también fue en gran medida una iniciativa suya. A menudo teníamos sesiones de acicalamiento a través de los barrotes de su dormitorio, que compartía con su amiga *Kuif*. Si mi relación con *Mama* era relajada, con *Kuif* tenía que ir con cuidado. A veces intentaba provocarme para ponerme a prueba. Los chimpancés siempre están jugando a quién domina sobre quién, siempre están explorando los límites de tu dominancia o de la suya. A veces *Kuif* me agarraba a través de los barrotes, cuando *Mama* estaba sentada a su lado dándole la espalda. La mejor estrategia en tales casos es mantener la calma y actuar como si uno apenas notara nada; de otro modo las cosas podrían desmadrarse. Después de unos años mi relación con *Kuif* cambió radicalmente a mejor: tras ayudarla a criar a su primer retoño superviviente, me convertí en su ser humano favorito.

Por desgracia, *Kuif* había perdido a sus dos bebés anteriores debido a una lactancia insuficiente. Sus retoños no podían desarrollarse y acabaron consumiéndose. Ambas pérdidas sumieron a *Kuif* en una profunda depresión marcada por balanceos, autoabrazos, rechazo de la comida y alaridos desgarradores. Incluso hubo algún asomo de llanto: aunque se cree que somos los únicos primates que lloran, *Kuif* se restregaba enérgicamente los ojos con ambos puños, como hacen los niños tras un buen berrin-

che. Puede que no fuera más que una irritación ocular, pero, curiosamente, surgió justo en las circunstancias que hacen que a nosotros se nos salten las lágrimas.

Dado lo mucho que sufrió *Kuif* en ambas ocasiones, se me ocurrió ayudarla a criar a su siguiente retoño con biberón. Pero el problema era que las madres antropoides son tan posesivas que muy probablemente *Kuif* no nos permitiría quitarle a su bebé para alimentarlo. Así que tendría que ser la propia *Kuif* la que le diera el biberón. Era un plan audaz que nadie había intentado antes.

Entonces se nos presentó una solución. En la colonia nació un bebé de una madre sorda. En el pasado, esta chimpancé nunca había conseguido sacar adelante a sus propios retoños por su incapacidad de oír los sonidos indicativos tanto de contento como de malestar del bebé. Estas vocalizaciones infantiles guían el comportamiento maternal. Por ejemplo, la madre sorda podía sentarse sobre su retoño sin percatarse de sus gemidos desesperados. Para prevenir otra pérdida, que habría sido tan dura para esta hembra como lo fueron las suyas para *Kuif*, decidimos quitarle a su última cría, llamada *Roosje* (o *Rosita*), justo después de nacer y dársela en adopción a *Kuif*. Cuidamos del bebé nosotros mismos mientras enseñábamos a *Kuif* a manejar el biberón, hasta que, tras unas cuantas semanas de adiestramiento, colocamos a la inquieta cría en la paja del dormitorio de *Kuif*.

En vez de tomar al bebé en sus brazos, *Kuif* se acercó a los barrotes tras los que el cuidador y yo estábamos esperando a ver qué hacía. Nos besó a ambos, alternando la mirada entre *Roosje* y nosotros como si nos pidiera permiso. Tomar al bebé de otra sin invitación no está bien visto entre los chimpancés. La animamos señalando con nuestros brazos a la cría y exclamando: «¡Vamos, cógela!». Por fin lo hizo, y a partir de ese momento *Kuif* fue la madre más cariñosa y protectora imaginable, y crio a *Roosje* tal como esperábamos. Adquirió bastante destreza con el

biberón, y hasta lo retiraba brevemente si *Roosje* necesitaba eructar, algo que no le habíamos enseñado.

Tras esta adopción, *Kuif* me inundaba de muestras de afecto siempre que asomaba mi cara. Reaccionaba como si yo fuera un miembro de la familia largamente ausente: quería agarrarme ambas manos, y gimoteaba desesperada si intentaba irme. Ningún otro antropoide en el mundo hacía eso. Nuestro adiestramiento con el biberón permitió a *Kuif* criar no solo a *Roosje*, sino también a sus propios retoños, de ahí su eterno agradecimiento por este giro de su vida, que me demostraba con un caluroso recibimiento siempre que me acercaba al dormitorio que compartía con *Mama*.

Estas experiencias también explican mi referencia aquí a emociones que van de la aflicción y el afecto a la gratitud y la reverencia, porque es lo que sentí tratando con mis chimpancés. Como hacemos con nuestras conductas, y como Hebb abogó respecto de los antropoides, a menudo describimos el comportamiento en términos de las emociones que están detrás. No obstante, en mi investigación tiendo a apartarme de tales caracterizaciones, porque para analizar el comportamiento de forma objetiva es mejor dejar fuera las impresiones personales. Una manera obvia de conseguirlo es documentar cómo se comportan los antropoides entre ellos y omitir su interacción con nosotros. Reunir los datos requeridos ocupaba la mayor parte de mi tiempo, con el foco puesto sobre todo en la política de la colonia.

Esto se tradujo en una atención exhaustiva a la jerarquía social y el ejercicio del poder, temas sorprendentemente controvertidos en la década de 1970, la era del *flower-power*. Los estudiantes de mi generación eran anarquistas y radicalmente demócratas, no confiaban en los rectores de la universidad (a los que llamaban «mandarines», como los burócratas de la China imperial), consideraban que los celos sexuales eran algo anticuado, y cualquier forma de ambición les parecía sospechosa.



Adiestré a la chimpancé *Kuif* para que le diera el biberón a su hija adoptiva *Roosje*. Aprendió a manejar con destreza el biberón y de vez en cuando lo retiraba para que *Roosje* pudiera respirar o eructar.

Por otro lado, la colonia de chimpancés que yo observaba día tras día exhibía todas aquellas tendencias «reaccionarias» con creces: poder, ambición y celos.

Allí sentado, con mi melena hasta los hombros, nutrido con canciones edulcoradas como *Strawberry Fields Forever* o *Good Vibrations*, pasé por un periodo que en verdad me abrió los ojos. Como ser humano me impactaron las similitudes entre nosotros y nuestro pariente primate más cercano. Todo primatólogo pasa por esta fase en la que se pregunta: «Si esto es un animal, ¿qué soy yo?». Pero, como hippie que era, tenía que debatirme con unos comportamientos que mi generación condenaba pero que eran comunes en los antropoides. En vez de dejar que eso afectara a mi percepción de los antropoides, comencé a entender mejor a mi propia especie.

Todo recaía en la aptitud básica del observador: el reconocimiento de patrones. Empecé a apreciar en mi propio entorno una competencia rampante por la posición, formación de coaliciones, favoritismo y oportunismo político. Y no me refiero solo a la vieja generación. El movimiento estudiantil tenía sus propios machos alfa, sus luchas de poder, sus admiradoras y sus celos. De hecho, cuanto más promiscuos nos volvíamos, más asomaba la fea cabeza de los celos sexuales. Mi estudio de los antropoides me proporcionó la distancia adecuada para analizar estas pautas, que resultaban claras como la luz del día si uno se fijaba en ellas. Los líderes estudiantiles ridiculizaban y aislaban a los rivales potenciales y les robaban las novias a todos, mientras al mismo tiempo predicaban las maravillas del igualitarismo y la tolerancia. Había un enorme desajuste entre lo que mi generación quería ser, tal como se expresaba en su apasionada oratoria política, y su comportamiento real. ¡Nos negábamos a vernos tal como éramos!

Al menos *Mama* era honesta en lo tocante al poder: lo tenía y lo ejercía. En un principio incluso dominaba sobre tres machos adultos que se habían introducido en la colonia tardíamente. Estos

machos estaban en desventaja al incorporarse en la estructura de poder existente, y tuvieron dificultades para establecerse. *Mama* los mantuvo a todos a raya, para lo cual no dudaba en recurrir a la fuerza bruta. De hecho causaba más heridas que un macho dominante típico, quizá porque una hembra debe tomar medidas más drásticas para mantenerse en lo alto. Más tarde los machos se encaramaron a los puestos más altos de la jerarquía y se entregaron a los juegos de poder usuales entre ellos, pero *Mama* continuó siendo sumamente influyente como líder de las hembras. Cualquier macho que aspirara a subir de rango debía tenerla de su lado, porque sin ella nunca lo conseguiría. Todos acicalaban a *Mama* más que a ninguna otra hembra, le hacían cosquillas con delicadeza a su hija *Moniek* (que actuaba como una princesa consentida) y nunca oponían resistencia cuando ella les quitaba la comida de las manos. Sabían que tenían que llevarse bien con ella.

Mama era una experta en la mediación. A menudo dos machos rivales que acababan de pelearse eran incapaces de reconciliarse, aunque parecieran interesados en hacerlo. Ambos se rondaban sin llegar a una reunión física y evitaban el contacto visual. De hecho, cada vez que uno de ellos levantaba la vista, el otro agarraba una hoja de hierba o una ramita y se ponía a inspeccionarla con súbito interés. Su comportamiento me recordaba el de dos hombres enemistados en un bar.

En estas circunstancias, *Mama* se situaba junto a uno de ellos y comenzaba a acicalarlo. Al cabo de unos minutos se encaminaba lentamente hacia el segundo macho, con el primero siguiéndola pegado a su espalda para evitar el contacto visual con su rival. Si el macho en cuestión no la seguía, *Mama* volvía para agarrarlo del brazo y tirar de él. Esto evidenciaba que su mediación era intencionada. Después de conseguir que los tres permanecieran sentados juntos un rato, con *Mama* en medio, ella simplemente se levantaba y se iba, dejando que los dos machos se acicalaran mutuamente.